

## Garage Olimpo

Por Verónica Lutowicz [1]

Comentario del film de Marco Bechis

*“La historia comienza al final. Hablar o morir. Y mientras uno siga hablando, no morirá. La historia comienza con la muerte.”*

Paul Auster

El ser humano está constituido por el lenguaje. Somos quienes decimos que somos y somos en función de la existencia de un otro que nos nombra y nos reconoce como sujetos. La palabra, nos define, nos nombra, nos da existencia simbólica, nos da una entidad.

Cuando hablamos de lenguaje, nos referimos al campo simbólico por excelencia. La combinación del alfabeto nos permite hablar de los objetos, y referirlos a un universo ya conocido.

A su vez, el lenguaje conforma un código propio, un *argot* particular que definirá ese mundo de una manera determinada y no de otra. A pesar de la arbitrariedad del lenguaje, sus reglas son estrictas. No todas las combinaciones son posibles. Sólo algunas de ellas conformarán y responderán a aquella idea mental que tenemos por objeto.

En el caso de la película “Garage Olimpo”, así como durante toda la dictadura militar, se fue construyendo un mundo simbólico. Palabras que antes no tenían mayor significado que la literalidad de aquello que significaban, conllevan actualmente una connotación diferente. Palabras como “ser chupado”, “capucha”, “tabique”, “área liberada”, “desaparecidos”, hoy representan mucho más que la literalidad de su significado dentro del campo simbólico de los argentinos. Representan un universo no muy lejano en la historia, con reglas y un discurso que les es propio. Palabras que remiten a “resonar de las botas”, y que cambiaron el destino del país.

La instalación de la figura del “desaparecido” dentro del marco legislativo tiene que ver con el concepto por el que luchan las Madres de Plaza de Mayo (y escribo la palabra “madres” con mayúscula ex profeso. Más adelante retomaré esta cuestión). Su lema es “Con vida los llevaron, con vida los queremos”. Y no se trata en este punto de que ellas nieguen la muerte de sus hijos ni que sean “locas” esperanzadas después de 26 años de búsqueda inútil. Más bien nos habla de una cuestión ética que impone un nuevo universal para los ciudadanos (no sólo de la Argentina porque la lucha de las Madres ha cobrado con los años repercusión mundial. Ironía trágica de nuestra historia, son más respetadas en el exterior que aquí).

“Con vida los llevaron, con vida los queremos”. Y si no aparecen con vida, es porque están muertos. Si esto es así, se exige entonces saber a ciencia cierta en qué circunstancia murieron. Esto es, si fueron asesinados, por qué, cuándo, dónde y, lo más importante, en manos de quién.

La constante negación de las Madres a dar por muertos a los desaparecidos responde a este dilema ético por el que luchan desde 1977, ya instalado en nuestra sociedad y que ha devenido en un nuevo particular. “Si están muertos, queremos sus cuerpos”. Si sus cuerpos no están, estas 30.000 personas se encuentran desaparecidas.

Kuhn hablaba de la construcción de paradigmas. Yo creo que el concepto de particular, remite al planteo de Kuhn. Un paradigma se quiebra cuando no puede responder a una cuestión excepcional. Esta excepción, si cobra fuerza, se convertirá, merced a la comunidad científica, en un nuevo paradigma que la abarque y contemple.

El dilema ético planteado por las Madres, conllevó a un acto singular que a su vez, nos enfrenta a un nuevo particular, que en definitiva, no es otra cosa que un nuevo paradigma que regirá la historia argentina.

Me permito hacer un paréntesis en lo que vengo desarrollando. Considero importante retomar la cuestión ortográfica de las mayúsculas. La palabra madre, según la Real Academia Española, debiera de escribirse con minúscula. Ése es el particular, ésa es la norma, el paradigma.

Las Madres de Plaza de Mayo, hace años dejaron de ser madres que se dedican a su casa y la crianza de sus hijos (lo que no es poca cosa ni desmerezco a quienes lo hagan). Son madres que ya no los esperan con la cena

después de la facultad ni se levantan a las 4 de la mañana para prepararles el termo con café previo a un parcial. Estas madres ya no se pondrán celosas por la nueva novia ni se convertirán en suegras ni mucho menos tejerán escarpines para sus nietos. Madres que dejaron de ser minúsculas y se convirtieron en Madres (si se me permite faltar a la normativa y escribir el comienzo de la oración con minúscula). Las Madres que luchan. Ya no sólo por sus hijos. Madres que recogieron el guante que obligadamente sus hijos debieron soltar. Madres que no se rinden ante la justicia, ni los gobiernos. Madres que re-simbolizaron el concepto de lo que significa ser madre. Y ni qué hablar de la nueva “vuelta de tuerca” simbólica que le dieron a la Plaza de Mayo con su vetusta pirámide. Hoy decir Madres es mucho más que quién da a luz. Gracias a ellas, recuperamos la plaza pública, quizás el ágora de la antigua Grecia, seguramente nuestra plaza. La Plaza del Pueblo.

Desde el concepto aristotélico, lo ético es aquello que tiende al bienestar, a la felicidad. De alguna manera, nos remite a la teoría de que existe la completud. Muchos años después, psicoanálisis mediante, sabemos que esto no es así. El hombre nace con deficiencias, busca siempre el deseo, y el deseo no es otra cosa que aquello que no se tiene. Es decir, el hombre siempre busca lo que le falta, la famosa zanahoria del burro.

¿Será por eso que siempre aparece el acto singular? Si seguimos la teoría psicoanalítica, deberíamos dar por sentado que siempre habrá un acto singular que modificará la norma creando un nuevo particular que se constituirá, en mi opinión, en un nuevo paradigma.

Voy a permitirme seguir, no en este caso con la Real Academia, sino con la etimología del título “Garage Olimpo”. Especialmente, con la palabra “Olimpo” ya que, fiel a mi cultura occidental, tengo predilección por los antiguos griegos.

El Olimpo, del griego *olympos*, no es otra cosa que la morada de los dioses, el lugar que habitaban las divinidades.

El centro clandestino de detención “olimpio”, fue bautizado así porque era “el lugar de los dioses”, ¿tal vez autodenominados así los torturadores y secuestradores por tener en sus manos la vida o muerte?. Lamentables Césares del siglo XX que subían o bajaban el pulgar respondiendo a la mayor bajeza de la que se tenga registro en la historia del país. Creadores de un nuevo particular, primeros apóstoles de la moral de los bienes y del lema “lo mío es mío y lo tuyo también”. Curiosa interpretación del capitalismo y la propiedad privada.

La doctrina de seguridad nacional implantada por la última dictadura está vinculada a determinado modelo económico y político de características elitistas y verticalistas que suprime la participación del pueblo en las decisiones e impone la tutela del poder militar. Pretende justificarse como defensora de “la civilización occidental y cristiana” pero desarrolla un modelo represivo y opresivo en concordancia con su concepto de guerra permanente. Conduce a una simplificación del hombre. Sobrevalora el tener al ser a través del espejismo consumista y la adquisición de bienes.

El ejército es una fuerza auxiliar del estado. Creado para defender a los ciudadanos de posibles peligros externos se convertía en verdugo de su pueblo y cerraba fronteras hacia adentro. El enemigo era interno, el mal del comunismo estaba enquistado en la sociedad y todos éramos culpables. O podíamos serlo. ¿Falla ética? Mucho más que eso. Genocidio. Y creo que para esa etapa, no hay ética ni deontología que pueda ser capaz de definirla.

El estado no es una entelequia. Su forma organizativa puede ser diversa pero su contenido está dado por las clases y sectores que lo dirigen. Hoy todos repudiamos el golpe militar del '76. Ayer, la mayoría lo aplaudió, como vivaron a la mal llamada Revolución Libertadora (¿de qué nos liberó?). Como sostiene Guillermo O'Donnell en su ensayo “Democracia en la Argentina. Micro y macro”, el pueblo argentino respondió a un pathos autoritario que le es propio.

“(…) No hubiera bastado jamás con los militares o los funcionarios de ese gobierno (…). Hubo una sociedad que se patrulló a sí misma. No hubo sólo un gobierno brutalmente despótico, sino también una sociedad que durante esos años fue mucho más autoritaria y represiva que nunca (…)”.

Como sociedad incurrimos en una grave falla ética. Permitimos la mala praxis del estado y sus gobernantes y admitimos la creación de ese nuevo particular que nos impuso el Proceso de Reorganización Nacional que si algo justamente no fue, es nacional ni mucho menos reorganizativo.

Adherimos por años a la máxima decisionista de Hobbes *“autocritas non veritas facit legem”* (es la autoridad y no la verdad la que hace las leyes). Esta filosofía implica un determinado concepto de individuo. Esto es, una sociedad que no respeta la autonomía del individuo es más proclive a sostener gobiernos totalitarios.

Esto nos plantea un desafío. La práctica democrática implica una concepción de ciudadanía en la que el individuo aparece como sujeto portador de derechos y libertades que debe aprender a usar y hacer valer.

Se supone que no hay poder que esté por encima de la ley, y eso es lo que nos hace iguales ante ella. Pero esta premisa hace años que no funciona en nuestro país. El poder avasalla la ley y la justicia, distraída lee el décimoquinto inciso del decreto del indulto como si leyera la última *“Patoruzú”*.

De nosotros dependerá construir nuevos lazos de solidaridad, y un particular que rompa con la moral de los bienes.

Y me permito terminar con una frase de Milan Kundera que me parece maravillosa:

*“La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido”.*

Ojalá no perdamos esta lucha.

[1] Verónica Lutowicz es estudiante de la Escuela Profesional de Cine de Eliseo Subiela.